

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al Director de GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon... 15 reales.
Por seis id... 28 »
Por un año... 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Y como no hay plazo que no se cumpla, parece que ha llegado ahora el momento, mil veces anunciado, de medir sus fuerzas la Francia y la Prusia.

Cuando considero lo provechosa que, para la causa de la civilización, para el adelantamiento de la industria, para la prosperidad del comercio, puede ser una guerra, no puedo convencerme de que haya pueblos tan atrasados y tan enemigos de sus propios intereses que rechacen con horror la guerra, y comprendo menos todavía el descrédito injusto en que poco á poco han caído los monarcas.

Mil citas históricas,—pruebas ostensibles de vasta erudición,—podía yo aducir con este motivo para demostrar que el estado perfecto del género humano es la guerra, y, sin ir más lejos, ya en la misma portería del Paraíso se cometió un asesinato.

Pero prescindiendo de citas históricas, que acaso parecerían molestas, si es cierto, como ha dicho un economista célebre, que los medios de subsistencia crecen en progresión aritmética y los consumidores en progresión geométrica, comprendese bien que, al cabo de cierto número de años, una gran parte de los hombres habrían de resignarse á morir de hambre, y como esta resignación, por laudable que sea, no es general, lo más seguro sería que fraternalmente nos comiéramos unos á otros.

Pues bien, aquí de los buenos oficios de los reyes. Ellos, como descendientes que son en línea recta del mismísimo Dios Padre, reciben telégramas de la corte celestial casi diariamente, y cuando la población del mundo adquiere proporciones amenazadoras, un aviso del Padre Eterno da origen á la guerra.

Las ventajas de esas guerras son incalculables, porque no se consigue solamente que en el mismo campo de batalla ó á consecuencia de heridas desaparezcan de entre los vivos setenta ó cien mil hombres, que ya es un número muy respetable, sino que además esos cien mil hombres muertos representan muchas familias arruinadas, muchos niños pereciendo de hambre, muchos matrimonios impedidos, y todo esto disminuye considerablemente el aumento de población.

Esto sin contar con que una guerra acaso es origen de otra, que á su vez puede producir una tercera, y sin pararnos en que, tal vez despues de muchas batallas sangrientas, imprégnase la atmósfera de sustancias desconocidas, pero que determinan en varias regiones epidemias mortíferas, y entonces, ¡ah! entonces el éxito de la guerra es completo y ya pueden los que sobrevivan entregarse tranquilamente á sus tareas, que han de trascurrir muchos años antes de que la tierra vuelva á tener plétora de habitantes y sea preciso otro pequeño desahogo.

Por eso digo que los reyes declarando la guerra son la providencia de las naciones.

Los que solamente ven las cosas por encima y sin profundizar nunca ni media línea más allá de lo que se presenta á su vista, suelen hablar de la agricultura abandonada, de los campos asolados, de las riquezas destruidas, de preciosa sangre, de huérfanos, de viudas y de otras mil zarandajas que maldito si sirven para otra cosa que para hacer llorar á las viejas; pero los hombres de pelo en pecho y de ánimo esforzado, no bien oyen hablar de guerra, ya están brincando de alegría y tienen que sacar á la calle una porción de su entusiasmo que se desborda; así han recorrido las calles de París algunos centenares de hombres gritando viva esto y muera aquello, y aun hay quien afirma haber oído viva el emperador, bien que esto último pudiera no ser del todo exacto: no porque sea imposible, no ciertamente, porque pagándolo bien pueden comprarse todos los vivas que uno quiera proporcionarse, sino porque á última hora dicen que se han prohibido en París las manifestaciones, cosa que de seguro no habria sucedido si se hubieran dado muchos vivas á Napoleón.

Pero ya se ve, hubo quien gritó viva la paz! cuando á Bonaparte conviene la guerra; habia quien vociferaba viva la república! cuando Napoleón III, el republicano de los juramentos, no puede resistir que se hable de ella; ¿qué habia de suceder? El amo encontró la broma algo pesada, y puso término violento á las manifestaciones.

En fin, la guerra principiará pronto, á pesar de las gestiones pacificadoras de Inglaterra y Rusia, á quienes se ha desairado en esta ocasión, y nosotros continuamos entre tanto en el más envidiable reposo. El regente continúa en la Granja; allí cazará—supongo yo—á ratos pescará; dará un paseo con los niños, y llegada la noche descansará como un bienaventurado; Montero Rios repone su salud por esas provincias de Dios; Echegaray asiste á la inauguración del canal de Cinco-Villas, y los demás ministros acaso preparan en estos momentos su viaje. A bien que lo que ocurra en la campaña hemos de saberlo cuando haya sucedido; no hay, por consiguiente, una razón para estar alarmados. ¿Quién sabe si de la guerra saldrá un rey con el cual podamos coronar el edificio?

Hay quien asegura que, disparado el primer cañonazo, la paz europea habrá cesado por algun tiempo, y ya el conflicto será general; pero ¡bah! ya será algo ménos; ¿quién piensa ahora en la cuestión de Oriente? ¿Quién se acuerda para nada de Rusia? Y, sobre todo, que arda Troya; hasta que nos llegue el fuego, ya tendremos tiempo de prepararnos.

Suponian algunos que, ante la conveniencia de que—para una eventualidad posible—se estrechasen los lazos, un tanto relajados hoy, de los elementos liberales y revolucionarios de España, el gobierno concedería una amnistía y los diarios liberales principiarían á tratarse con deferencia benévola; pero todo ménos eso: ni la amnistía se concede—porque este ministerio, ni aun con el pensamiento solo, es capaz de nada noble y digno,—ni los diarios progresistas, La Iberia, pongo por caso, que tiene sin duda la cabeza compuesta al revés, dejan de hosti-

lizar un día y otro á los republicanos, á quienes parecia natural que demostraran agradecimiento.

¡Vaya Vd. con perfiles de gratitud y de cortesía á los progresistas!

Uno de los primeros efectos de la próxima guerra dicen que será el abandono del territorio romano por las tropas francesas. Esto, me atrevería á jurarlo, esto ha de haber amargado al soberano Pontífice las dulzuras recientes de su infalibilidad: y un buen pedazo de ella daría de buena gana el antiguo fraccionista porque las bayonetas francesas protegiesen todavía por algun tiempo las espirituales decisiones de los obispos.

Porque dirá él para su sayo: «Buena es la infalibilidad, si señor; buenas son las armas espirituales, convenido; pero qué diablo (Dios me perdone), para esa gente que no se asusta de excomuniones y en nada aprecia la infalibilidad, no hay más remedio que el empleo de la ametralladora; sea todo por Dios.»

¡Ay! estoy figurándome que la proclamación de la infalibilidad será celebrada en Roma por el impío Garibaldi; y pregunto yo: ¿qué harán entonces los seiscientos padres?

A. Sanchez Perez.

ESTE ES EL TIEMPO...

¡Ajá! Ahora por fin habrá silencio en el charco de los ideólogos.

Llegó el momento de que se callen los forjadores de sistemas sociales; los rábulas meticulosos que por una carta más ó ménos de derechos individuales y de libertades públicas escandalizan en los dominios de los reyes y emperadores.

¡Dichosa Francia, llegó tu hora! ¿Quién se acuerda ya de teorías, de derechos, de sistemas, de libertades? ¡Viva la guerra!

Ya reina la concordia entre los hijos de una misma patria: un solo deseo, y un solo uniforme, y un mismo rancho para todos.

En vez de vanas declamaciones filosóficas, el estampido del cañon; en vez de vanas utopías, la sencilla voz de fuego: esto es lo práctico.

Las grandes fuerzas industriales concentran en las poblaciones innumerables masas de operarios, que unos á otros se hacen una funesta competencia, abaratando los salarios; pues bien: bendicid la guerra, que aparta del mercado millares de brazos.

La agricultura, torpe y lenta, apenas daba suficientes patatas para el sustento de los siervos del trabajo.

¡Patatas! ¡Miserables patatas! ¿Quereis callar? El emperador os lleva á campos donde se sembrarán cabezas humanas; su abono natural será la sangre del hombre no escatimada; los aparatos trituradores serán escuadrones de herrados brutos; la cosecha será un nuevo emperador que os garantiza contra los monstruos llamados Víctor Hugo, Ledru Rollin, Barbes y otros no ménos funestos.

¡Oh! Dichosa la tierra que tiene un emperador demasiado viejo, y un príncipe imperial demasiado niño, y una dinastía demasiado poco arraigada; porque ella peleará contra rusos, contra austriacos, contra italianos, contra cochinchinos, contra prusianos, y tendrá, ó un emperador que vengar, ó un emperador que glorificar.

¡Silencio, charlatan Caro! ¡Silencio, parlanchin Reclus! ¡Hablen Canrobert y Mac-Mahon!

¡Oh! Al fin, ya no hay que dudarle; ¡cuarenta y cuatro mil disparos seguidos dicen que podrá hacer un batallón formando cuadro. La tabla de probabilidades asegura cuarenta y cuatro balas á cada soldado del batallón que ataque el cuadro. ¡Viva la tabla!

Comparadle, comparadle con la tabla de los derechos del hombre, y decidme si no es mil y mil veces más grandísima, más heroica.

¡Este es el tiempo que quiso ver el marqués de Villena!

Ya no turbarán los clubs el reposo de los que cobraron el empréstito mejicano; ya las sociedades secretas no amenazan con explosiones imprevistas al glorioso imperio. Ya el operario que iba de mala gana y con paso torpe á los talleres, acude listo y diligente á los cuarteles.

Ya el paternal gobierno le tiene preparados los vendajes y botiquines y los útiles para aserrar miembros humanos en los hospitales de sangre.

En vez de filósofos perturbadores del orden social, acuden á la patria de la civilización spahis y zuavos; en vez de acudir al enervador y sedentario atractivo de las bibliotecas municipales, corren ágiles á Satory á estudiar el ejercicio de las ametralladoras.

¡Los zuavos y los turcos serán los albaceas del grande emperador!

¡Oh gloria, oh tiempo!

¡Este es el tiempo que quiso ver el marqués de Villena!

Roberto Robert.

¡¡¡INFALIBLE!!!

En cierto rincon del mapa parece que existe un Papa elegido por el cónclave que un tiempo se formó *ad hoc*: tanto el lujo le recrea, que en su régia chimenea quema en el invierno sándalo por que le molesta el *coke*.

Que á Dios le dé en holocausto de su vana pompa el fausto, es altamente ridículo para la cristiana fé que predica la pobreza; mas conmigo eso no reza, yo nunca le he dado un céntimo: si hay quien le paga, ¿á mí, qué?

El tal, que fué un carbonario puro y revolucionario hasta que á Sumo Pontífice llegó por casualidad; sin atender al murmullo que há levantado su orgullo, está dando un espectáculo á toda la cristiandad.

Llamó con nombres y apodos á los cardenales; todos y á los obispos *in partibus*... y arzobispos sin partir; que á falta de otros asuntos se dedican todos juntos á lo que en *caló* católico se intitula... *definir*.

Gente que no pierde ripio, dieron al caso principio largándonos veinte cánones de primera calidad; y ya sueltas las amarras y sin reparar en barras, arremetieron la cúspide de la infalibilidad.

¡Infalible un caballero que gasta capa y sombrero! dijo en tono elocuentísimo cierto ilustre monseñor;

y contestó á su discurso el elegido concurso: —¡Infalible hasta los tuétanos! ¡infalible... sí señor!

—Infalible una persona que ciñe triple corona; y si le acomete un vértigo ó le tienta Satanás? exclamó un nuevo Basilio, y le respondió el Concilio: —¡Infalible hasta la médula; por delante y por detrás!

Y en efecto, estas razones y unos cuantos empellones, tal fuerza dieron al ánimo de la sacra reunion, que obrando como chiquillos y sin pararse en pelillos han declarado *dogmático* ese punto en discusion.

Señores, de hoy más el Papa que iba perdiendo la capa, es dueño del Santo-Espíritu, emblema de la verdad; aun con la fé de Kuribano, duda de todo, ¡oh cristiano! si no te enseñan un «*Créase*» que firmé Su Santidad.

Hundióse la ciencia vana, parto de la raza humana; adios física y mecánica, y análisis espectral: aun temo que á Galileo lo vuelvan á dejar feo, si el rodar por esos ámbitos al Papa le sienta mal.

¡Honor á la Compañía que ha armado esta letanía del *Ad majorem*... etcétera, caminando siempre en pos! ¡Regocijao, católicos, infalibles y apostólicos! ¡Viva el Romano Pontífice!! ¡Viva Riego y viva Dios!!

LA PRIMERA LECCION.

Era ya preciso.

Un príncipe imperial, un sucesor al trono de Francia (allá lo veremos) va á hacer su aprendizaje. Su papá le ha dicho:

—«Hijo mio, vente conmigo y tomarás una leccion de guerra. Verás millares de soldados muertos entre la sangre y el polvo de los campamentos. No necesitas más. Nuestra dinastía está cimentada con sangre y huesos humanos. Aunque no sepas historia ni te haga falta (puesto que yo sin saberla he escrito la *Vida de César*), aunque no sepas historia, pues, ten presente que Napoleón I, Napoleón III y tú, que serás el IV Napoleoncete, hemos fundado el imperio en las *matanzas* de la guerra. Yo quizá cierre pronto los ojos, y para que á los de la Francia seas tú mi legítimo heredero, necesitas amamantarte en el mismo horror que papá. Ven conmigo á la guerra, verás que poco sirven los hombres cuando una bala les da en la cabeza, y cómo muestra su talento el que lo ve á cierta distancia. Ven á la guerra, y al ver hecho el campo una carnicería, comprenderás lo que es el reinar. Así empecé yo. El 2 de diciembre convertí á Paris en un cementerio, pero con más gloria que te figuras, puesto que lo hice sin avisar á la gente. ¡Todavía cuando lo recuerdo, mi conciencia traspira gloria por todas sus partes!»

Y es fama que el hijo y el padre partieron para la guerra, donde es preciso que el chico, despues de haber cursado en el colegio, adquiera los conocimientos que todo legítimo heredero al trono debe adquirir para saber gobernar las masas.

Todas las antiguas y nuevas dinastías lo saben. Lo saben tambien todos los tiranos, por estúpidos que sean.

A las masas se las gobierna destruyéndolas. De aquí nace siempre el imperio del orden.

No hay en el *Diccionario* dos palabras que hayan costado más victimas á la humanidad que estas dos: *imperio* y *orden*.

Siempre que las veo juntas me figuro ver una cruz de madera en un camino *real*.

La leccion que el padre va á dar al hijo hará época en la historia.

No todos los herederos al trono podrán sentir el noble orgullo de decir como el príncipe imperial:

—Yo he visto cuarenta mil hombres muertos en una sola mañana. ¡Qué espectáculo tan bonito! Y los demás príncipes lo envidiarán.

Y algun amigo suyo solo podrá presentar, con la tristeza consiguiente, esta miserable gloria:

—¡Yo no he visto más que un racimo de sesenta sargentos... fusilados de un golpe!

En cuanto á las masas... ¡oh! las masas se electrizan con el himno guerrero, el estruendo de la artillería y el pan de municion.

¡Viva la guerra! ¡Viva el emperador!

Despues de esto, ¿quién no muere gustoso?

La leccion del príncipe va á ser aprovechada.

Si los franceses destrozan un dia ochenta mil prusianos, bien pueden volverse á su príncipe diciéndole:

—¡Sire, todo esto es en vuestro honor!

Véase cómo no tiene razon Mr. Thiers cuando afirma en el Cuerpo legislativo que no hay suficiente razon para declarar la guerra á Prusia;

Que retirada la candidatura Hohenzollern, la Francia debia darse por satisfecha.

¡Ah, el insigne orador cree que las guerras las hacen las naciones!

La Francia podia estar satisfecha, pero ¿y las necesidades de la dinastía?

Deje Vd. que el príncipe imperial se haga hombre aprendiendo la manera de destruir al prójimo.

Luis Rivera.

DE LOS MONARQUICOS.

Digo yo para mí que si lo que hemos hecho por torpeza lo hubiéramos hecho con malicia, seríamos uno de los pueblos más traviesos del mundo. ¡Cuidado si se necesita maña para verse libre de reyes!

Es animal ese de que muchos pueblos no se pueden librar ni con fumigaciones, ni con arsénico, ni con trampas, y sin embargo, nosotros desde setiembre acá no podemos decir que ni una sabandija de esas nos haya comido el queso ni roído el pan.

Ganguitas con que la Providencia recompensa á los pueblos... despues de brearlos largos años.

¡Lo cierto es que los monárquicos, solicitados por príncipes que no les gustan, y solicitando á otros príncipes que les desairan, pueden expresar su situacion cantando aquella copla que dice:

Una me dijo que sí;

otra me dijo que no.

La del sí, quería ella;

la del no, quería yo.

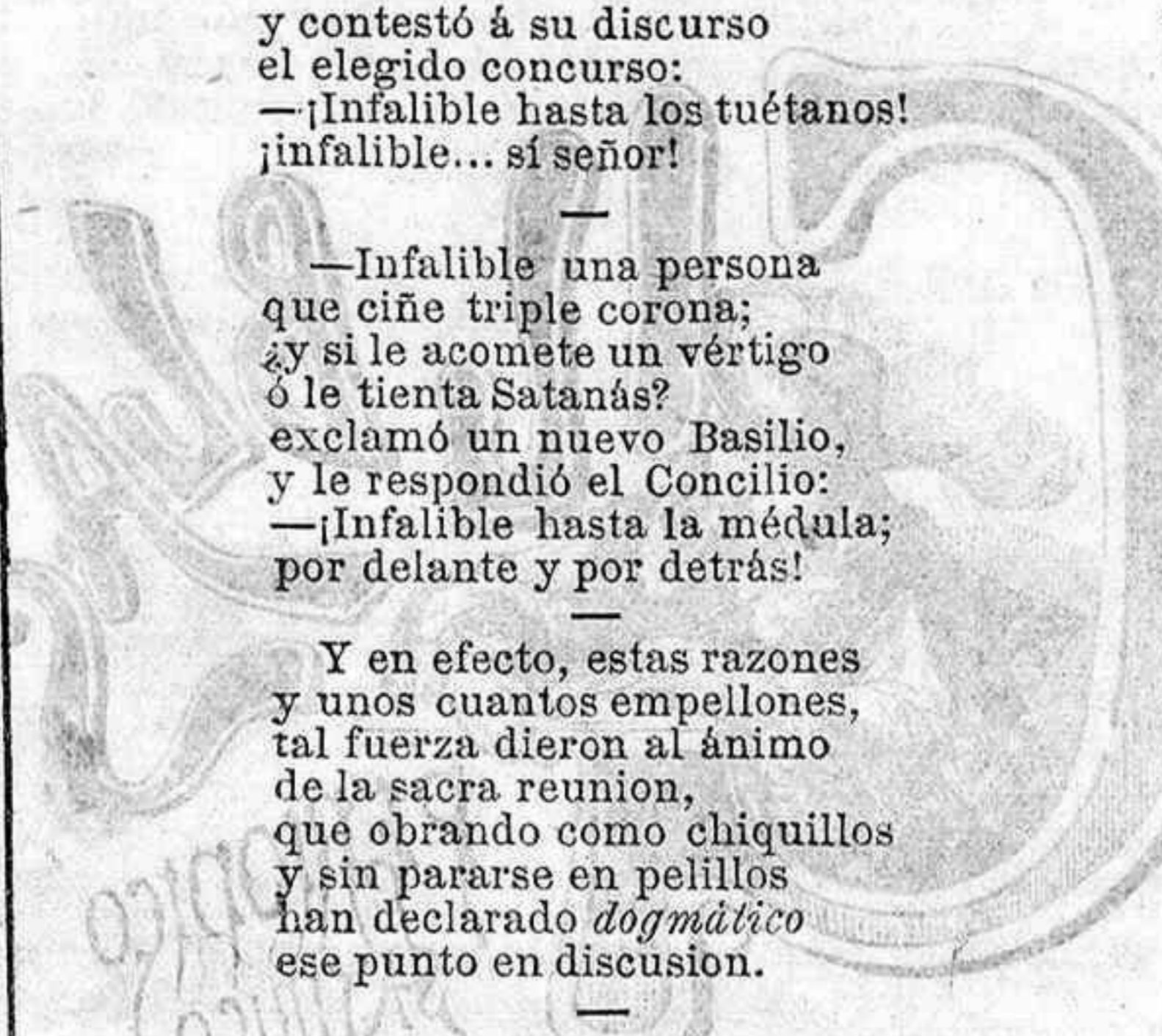
Y vengan días y vayan días; á Montpensier, que quiere, no le quieren; á Génova, que no quiso, le querian; á Espartero, que quiere y no quiere, le quieren y no le quieren ellos por mitades, y á Hohenzollern, á quien durante veinticuatro horas le quisieron todos, han logrado convertirle en el candidato más imposible de los tiempos antiguos y modernos, y á pretexto de constituir á España y traer paz, están á punto de desconstituir á Francia y Prusia, que á estas horas llevan gastado un dínaral en instrumentos para descalabrarse, y otro dínaral en árnica para curarse las descalabraduras.

Nosotros, entre tanto, oímos á esa gente monárquica como al enfermo de aprension. Nada le duele y de todo se queja.

No le sobra dinero, y toma una purga de cléro católico, que le hace arrojar ciento setenta millones; le vendrian muy bien unos cuantos brazos aplicados á los azadones, y echa los millones de hombres útiles á la infantería, la caballería y la artillería.

Los unos no duermen por temor de que se les subleve el ejército, pero no quieren reducir el ejército á un límite que no le hiciera temible si se sublevase; los otros piden libertad de cultos y protegen el único culto cuyos sacerdotes se le sublevan á centenares, y todos juntos piden rey á voces, despues de emplear los más floridos años de su vida en hacer odiosos á los reyes.

Y ahora digo que debemos bendecir á los monárquicos españoles, porque si llegan á tener dos dedos de juicio, una chispa de entusiasmo, un átomo de





—¡Ánimate, chiquillo, que si salgo bien te sentaré en la silla de Fernando VII!
 Las señoras.—¡Dios mio, proteged las armas francesas!

malicia, á estas horas ya teníamos empingorotado en lo más alto de la cucaña monárquica á cualquiera de esos caballeros de bola, cetro y armaño que no pueden vivir sin revolver las casas ajenas.

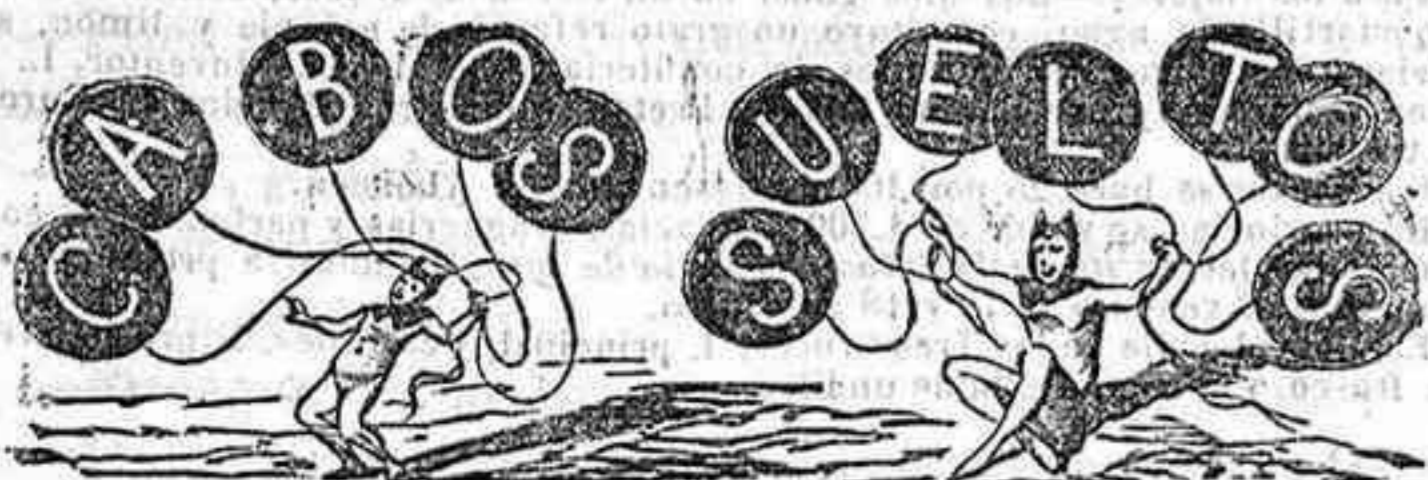
Los sastres, los abogados, los labradores, los médicos, hacen todas las operaciones sin necesidad de rey; en cambio, el rey no puede salir honesto á la calle sin sastres, ni comer pan sin labradores, ni curarse sin médicos, ni descansar sobre la hostilidad de las clases sin abogados. Así parece natural que los príncipes busquen sobre quién reinar y los pueblos hayan de ser reinados; pero ¿creerán Vds. que á veces sucede al revés?

¡Oh, volvamos, volvamos á bendecir á los monárquicos españoles, que, fieles á sus tradiciones, echan á perder todo aquello en que ponen mano!

Facilitadles candidaturas; ponedlas á su alcance, que ellos cuidarán de estropearlas, dejándolas inservibles. ¡Oh, si lo hicieran adrede, cuánto ingenio y qué firme voluntad no significaría esa ruda campaña que vienen sosteniendo en pró de la solución republicana!

Seamos agradecidos é imploramos para ellos todos los beneficios del cielo.

Roberto Robert.



Los montpensieristas no descansan. Ahora piden que en caliente se nombre rey á

Montpensier para estar preparados á lo que pueda resultar de la guerra.

Hombre, sí, será la única manera de ponernos mal con todo el mundo.

— Dos manifestaciones hubo el domingo: una de obreros pobres, con banderas que decían *el pueblo tiene hambre*, y otra de trabajadores panaderos.

— ¡Vaya un contraste! Si se juntan las dos se comen.

La guerra podrá traer muchos males, pero casi pueden darse por ver á Garibaldi entrar en Roma.

— ¡Y ahora que está el nido lleno de gorriones! ¡Dios de Dios, qué oportunidad!

— ¡Verá Vd., verá Vd. cómo el demonio se va á propinar una ensalada de pimientos encarnados!

Hay en España una provincia que se llama Cuenca.

Y en ella un pueblo que se llama Beteta.

Y en él una iglesia con un púlpito y un clérigo.

Y desde el púlpito ha dicho el clérigo que no administraría los Sacramentos á los individuos que se casaran con arreglo á la nueva ley de matrimonio civil.

Pero lo que no hay en España es un gobierno que castigue á los que viven por el miedo y se imponen por el terror, si son clérigos.

Y es lo primero que debería haber.

Nada menos que 903.000 hombres y 176.000 caballos tiene Prusia dispuestos para la guerra.

Si Napoleon no pone otro tanto, me parece que Prusia acabará por... tener razon.

El 30 de abril del año pasado el ayuntamiento de la Habana, á pretexto de la guerra, suprimió sus treinta y dos escuelas municipales.

Hay en la Habana una docena de canónigos que cobran á razon de quince onzas de oro al mes, cada uno, á pesar de la guerra.

— ¿Me pregunta Vd. por qué somos pobres, ignorantes y supersticiosos?

— ¡Hombre, qué sé yo! Esto debe depender de causas profundas y desconocidas.

Catorce wagoes de hilas para la curacion de los presuntos heridos ha enviado el gobierno francés hácia el Este.

La noticia regocija.

— ¡Catorce wagoes de hilas!

— Cuando se hayan gastado, á lo ménos tendrá Francia... una docena más de generales.

— ¿A qué está uno?

El miércoles telegrafió á su familia un jóven que se ponía en camino para Madrid.

Al cabo de tres dias llegó el telegrama.

El padre del jóven ha escrito á sus corresponsales la circular siguiente:

«No me envíen despachos telegráficos; envíenme hijos, que llegan más pronto.»

El comercio en general va á adoptar este sistema.

Segun fama, á la inauguracion del canal de Cincovillas han acudido varios ministros, diputados y periodistas.

A nosotros no se nos ha invitado.

Aunque, á decir verdad, sabiendo que iba á haber banquete con obligacion de brindar, no hubiéramos asistido tampoco.

En la fiesta de Vevey se ha brindado delante de los reyes.

¿Cómo se ha permitido esa infracción de la etiqueta?

La familia degenera; sí, degenera.

Si hubieran levantado la cabeza el venerable Carlos III, ó el respetabilísimo Carlos IV, ¿qué habrían dicho de su descendiente Carlos VII?

Brinden los súbditos en presencia de los monarcas.

Ya no hay clases.



A un amigo nuestro que regresaba de Vitoria le robaron un abrigo.

Lo curioso que hay en esto es que, según todas las probabilidades, y aun según el convencimiento moral del robado, el autor del hecho fué un presbítero que, sin duda, trataría de disfrazarse de caballero.

Nuestro amigo espera que Dios tocará en el corazón al presbítero y que este le devolverá su gabán. ¡Esperar es!



Todos los periódicos dicen que ayer mañana fueron detenidos por la autoridad los expendedores de una hoja titulada la *Caida del ministerio*.

Buena manera de detenerlos cuando desde las seis de la mañana nos estuvieron aturdiendo con semejante paparrucha, y á las tres de la tarde aun estaban muy tranquilos pregonándola en la Puerta del Sol.

Después de todo, no sabemos por qué la autoridad ha de prohibir que se venda una hoja que lleva por título la *Caida del ministerio*.

Mañana podrían anunciar los carteles de un teatro una comedia con ese título, y prohibirlo también la autoridad.

¿Es porque se engaña al público?

Entonces debe la autoridad vigilar todo grito que no sea verdadero, como, por ejemplo, todos los que venden fresa en Madrid, dicen *fresa de Aranjuez*, y es de Valencia; todo el que vende agua suele decir, *helada*, y no es verdad.

Es menester que el público se acostumbre á los falsos gritos de los vendedores de periódicos como á los de los demás vendedores.

Estas cosas las corregirán el tiempo y la libertad.



¡Los carlistas!

¿Hay algo más delicioso que los carlistas, en invierno ni en verano?

Yo no sé cómo los que venden píldoras y elixires para curar todo género de males, no han anunciado ya el extracto cómico de carlistas para curar á los hipochondriacos.

¿Pues no les han cogido ya otra espada y otro uniforme?

¿No se rebullen en Biarritz gozándose en el espanto de las opiladas?

Su jefe, el niño Terso, anda, á imitación de los bulgueros sándios de Espronceda,

cambiando nombres y mudando trajes, creyéndose terribles personajes.

Huye de Vevey; entra en Francia; hace decir que ha estado en la frontera.

Sus agentes se dejan coger 700 fusiles en Argeles.

En Barcelona celebran reuniones en un local donde se disfrazan de guerreros para rezar el rosario y las letanías.

En Madrid hacen encarcelar á un desdichado por escándalo junto al famoso local de Mr. Chuleta.

El secretario de su Casino va á París á trabajar contra los que despojan á la Iglesia, y vive de las rentas de los bienes secuestrados del clero.

En Bayona y en el Ampurdán caminan de prisa y con semblante serio por las calles, como gente que tiene diligencias urgentes que hacer.

¡Oh! si desde 1833 acá han adelantado lo que se ve, ¿qué no pueden prometerse para principios del siglo xx?

España sin carlistas sería un país triste. El Señor prodigará los Carlos y su prole.



Han vuelto á publicarse los periódicos carlistas antes de terminar el mes, para evitar que los beatos suscritores dejaran de hacer la renovación correspondiente.

La prensa carlista nos ha dado un petardo.

Yo creía que no volverían á publicarse hasta que subiera al trono el niño Reluciente.

Los pobrecitos no quieren renunciar á una industria maldita por ellos, pero que les proporciona algunos cuartos.

¡Angelitos! ¡Si da gusto verlos cómo se ganan la vida!



Esto pertenece al género tierno:

«Hablábase días atrás, según se nos asegura, de las eventualidades de la guerra delante de la emperatriz. «No tengo más que un hijo, dijo; solo tiene catorce años, y sin embargo, si estalla la guerra, irá.»

¡Corazón verdaderamente español! exclama el periódico moderado que da la noticia.

¿Con que español, eh?

Pues mire Vd., cuando la guerra de Africa, ni la reina, ni el rey, ni el príncipe de Asturias, ni el cuñado, ni ningún individuo de la familia real hizo otro tanto.

Sin duda sus corazones no eran verdaderamente españoles.



Los carlistas desean que Francia intervenga en España en favor de su causa.

Lo mismo desean los *Puigmoltejos*.

Ellos no serán patriotas, pero tampoco les causa vergüenza el no serlo.



¡Cómo ha de ser! La fatalidad, ó los empleados de Correos, pueden más que nosotros.

Sólo así se comprende que remitiendo constantemente el periódico al Sr. D. Francisco de P. Soto (Rosario, 9), en Cádiz, se quede constantemente sin él.

Se avisa á la Administración de Correos una falta.

Se nos contesta que se ha corregido.

A la semana siguiente el suscriptor Soto deja ya de recibir otro número.

Y siempre faltando...

Y siempre reclamando...

Y no hay duda: la falta está en la Administración de Cádiz, señor director de Comunicaciones.

La falta está en Cádiz, y es un obsequio que debe á la amistad de algun empleado nuestro constante suscriptor.



(Aire de «Robinson.»)

Va á haber una guerra de maravedís,
que ya cada duro lo pretenden mil.
Pero hay un remedio para el porvenir,
que es reunir las Cortes y hacer rey de un tris al de Montpensier,
valiente adalid.
Esto en dulce tono nos cuenta *El País*.

CORO.

¡Ah, qué buen País!



Por fin parece que Olózaga alcanzará el cordon de la Legion de Honor.

Verdaderamente su mérito no es poco: ha contribuido á quitarnos de encima el coronel prusiano.

No hubiéramos conseguido nosotros otro tanto.

Unido ese cordon al consabido borrego, yo me atrevo á interpelar á Vds. preguntándoles si habrá nada en el mundo más bonito que nuestro embajador.

¡Ah, ni el príncipe de Moralzazal de *La vida parisiense*!



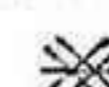
Cuanto más leo la *carta-desahogo* del director de *La Esperanza*, más siento que las condiciones de *Gil Blas* no me permitan reproducirla: ¡tiene cosas tan buenas!

Eso de llamar generalísimo del ejército carlista á la Virgen de los Dolores, es de lo más gracioso.

«Nuestro amado rey,» «la muy ilustre marquesa,» «la santa reina,» «el venerable obispo,» «los egregios cuñados del rey,» de todo esto se halla cuajada la epístola; y todo ¿para qué? Para describir un almuerzo de confianza y algunos trajes lujosos, cosa que ya hacia años atrás el célebre *Pedro Fernandez*.

Y por esto exclama: «¡Qué día aquel! ¡Oh, qué día para nosotros, y para vosotros y para aquellos!»

Digo á Vds. que el que no se rie con los carlistas no es hombre de gusto.



El director de *La Esperanza* necesitaba desahogarse y ha escrito á este periódico una carta, advirtiéndome que la escribía *calamo corriente*, porque *le temblaba el pulso y la lengua se le pegaba al paladar*; todo esto se refería al bautizo del otro príncipe de Asturias.

Y en verdad que al tal príncipe de Asturias acaso podrá faltar algo de principado, pero en cambio han de sobrarle muchos nombres.

Más de treinta le han echado encima, sin contar con el mote de príncipe de Asturias.

Entre esos treinta recuerdo el de Juan (*¿Janas?*)

Bien venido, Sanson, María de los Dolores, María del Pilar (*Sinúes de Marco*), y María de las Mercedes; vamos que tendría que ver la España de nuestros hijos con un rey que se llamara ¡¡Dolores!!



Hace dos semanas desaparecieron los diarios neos. Después de un eclipse de quince días vuelven á publicarse.

Ni hubo razon para que suspendieran sus tareas, ni ahora la hay para que las reanuden.

Verdad que por eso lo hacen, porque ellos condenan la razon.



La desaparición y la reaparición de los diarios carlistas son dos sucesos importantísimos.

Sin embargo, nadie se ha fijado en ellos.

Y esa Bolsa, nada, sin alterarse.

Fuerte cosa es que no discurra uno la manera de llamar la atención.



Un nuevo calega republicano sale á la palestra. Es semanal, se llama *El Resumen* y lo redactan amigos nuestros.

Diciendo que era malo mentiríamos.

Llamándole bueno podríamos parecer parciales.

Nos limitamos, pues, á recomendar su lectura.

No podemos hacer más, ni habíamos de elogiarlo menos.



—¿Comprende Vd. las manifestaciones sin carácter político?

—Yo, no señor; ¿y Vd.?

—El otro día vi una, poco animada por cierto.

—Y ¿qué pedían los manifestantes?

—Pedir, no pedían nada. Llevaban una bandera, en que habia escritas estas palabras: «Ejército, gobierno, aristocracia, clase media, el pueblo tiene hambre.»

—¿El pueblo? ¿Pues acaso no somos todos el pueblo? Pero bien; ¿qué deseaban los manifestantes?

—Lo que es de eso si que no me enteré; pero si tenían hambre, necesariamente desearían comer.

—Es natural, pero para eso no se hacen manifestaciones.

Solucion á la Charada del número anterior: *Cáñamo*.

NUEVO DESCUBRIMIENTO
SIN RIVAL EN CLASE Y PRECIO,

para el tocador, para refresco, para viaje, para mejorar las aguas, y sobre todo admirable y enérgico para los dolores reumáticos, heridas, contusiones, mareo y sustos. Se prepara de encargo para Inglaterra y Francia.

Agua aromático-espirituosa del Parnaso con árnica del Ecuador, superior en grados y aroma á la de Colonia, de los Carmelitas, de la Florida, de Betot, de Boyer (antireumática), de tintura de árnica, etc., etc.

Cuántos aceites, aguas preparadas, pomadas, pastas, bálsamos, opiatas, elixires se venden, que lejos de perpetuar la belleza, como se supone en pomposos anuncios, no dan más que un brillo del momento, no satisfacen más que un solo instante la vanidad; pero en cambio preparan para largos años dolores y una horrorosa decrepitud.

Si la acción simultánea de un aire vivo, de una luz ó sol intenso ó otras circunstancias particulares han irritado la tez, usad sin temor nuestro nuevo descubrimiento higiénico-medicinal: que es sin disputa alguna el mejor de los cosméticos, incluso las pomadas de cohombro, de almendras dulces, de cacao y de bálsamo de la Meca.

Es inmejorable para lavarse el cutis, para los baños, fricciones, el pañuelo, para extinguir el mal olor de la boca, el del tabaco, para lavarse todas las cavidades del cuerpo, y para reparar las carnes fungosas y estrechar los tejidos humanos. Para limpiar la dentadura, prevenir las caries, el escorbuto y dolor de muelas y encías, es superior á los polvos, opiatas y elixires conocidos, sea cual fuere su base y autor.

Para los viajeros.—Con diez gotas en un terrón de azúcar, echado en medio cuartillo de agua, constituye un grato refresco de naranja y limón, superior á los polvos refrigerantes de confitería y jarabera.—Inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de la Gran Bretaña y de otros Estados de Europa y América.

Por mayor se hace 25 por 100 de descuento en Almacén.

En provincias se vende en 1.500 farmacias, droguerías y perfumerías, consumidoras del *Acite de ballotas con sánia de coco*, de nuestra propia invención, que se vende á 6, 12 y 18 rs frasco.

En Madrid, calle de las Tres Cruces, 1, principal, y Jardines, 5; precio 8 reales frasco, y 56 rs. botella de un litro.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.